



«MY SECRET LIFE»

CAPITULO 12

—Perdón, duquesa: Tenéis un moco en la mejilla... No, ahí no. Un poco más a la derecha... ¡Ah! ¡Sois torpe, señora! Permittedme. ¡Hale... hop! Ya está. Tomad: vuestro moco.

La duquesa de Kölsser-Vogelsberg sollozó de vergüenza. Quedé con el moco sobre la servilleta bordada en galante —y frustrado— ofrecimiento. El resto de los comensales nos miró con pasmo. El barón de Weingut se levantó de la mesa y me tendió un revólver. «Lavaremos esta afrenta en el campo del honor». (Sonreí). «Vos llevaréis las toallas». El barón se encajó el monóculo y respondió: «La sangre de los plebeyos se seca con barro». Solté una carcajada fría y, tomando la cremallera con mimo, desabroché su bragueta de un tirón. Un vientre de blanco crudo salió al exterior como un potro desbocado. Las vergüenzas del barón quedaron al descubierto enfundadas en la seda rosa de los calzoncillos. Las damas lanzaron un «¡Oh!...» de contenido alborozo. Y el barón de Weingut se miró con estúpido gesto la diana que un húmedo cerco de orín reciente dibujaba alrededor de su vergüenza primera. Disparé. La vizcondesa de Weinkellereien se desmayó gritando: «¡Ha castrado al barón!...». Y el mayordomo, con flema, se arrodilló junto a la víctima y comenzó a limpiar la sangre —azul— que empezaba a teñir la alfombra de color de cielo.

—La sangre de los nobles por las alfombras... ¡Qué tiempos, barón, qué tiempos!... Si la sangre de plebeyos se seca con barro, la vuestra servirá para entretener al mayordomo.

Deposité el revólver sobre el desmayado regazo de la vizcondesa de Weinkellereien y me fui del salón. La de Kölsser-Vogelsberg vino corriendo tras de mí. Me alcanzó en los jardines y se aferró a mi talle. «¡Adriano!... —dijo— ¡Adriano, por favor, llévame contigo!... ¡Todo por un moco mío, santo cielo! ¡Llévame contigo, Adriano!...». «Descuidad, señora. El barón no morirá por eso...». «¡Pero...! ¡Le habéis atinado bien! ¡Justo en...!». «¡Para lo que le servía!...». «Tenéis razón, Adriano. ¡En cambio, vos...!». «Señora, no perdáis el tiempo en halagarme. Tengo un precio». «¿Cuánto?». «Lo sabéis de sobra, viene en la Gazeta de la Bolsa: Todo». «Está bien».

Recorrimos el mundo. En Osaka se quedó sin dinero. En Kioto, la regalé un billete de avión y la envié a su tierra con una etiqueta prendida en las nalgas: «1.000 Shellings la hora. Material de derribo. A. di T.» Con los ahorros, alquilé una casa en los alrededores de Kioto y me fui a vivir con Tamae. El resto se lo envié a mi pobre madre. Podría seguir en el sanatorio. No es que esté enferma. Es que le gusta vivir allí para reírse de los enfermos.

ADRIANO DI TOLA
(CONTINUARA)



SUCESOS

Subasta públicamente su futuro cadáver para poder construirse una horca. La subasta ha sido prohibida por las autoridades competentes.

...

El líder de un movimiento humanitario americano devora a un antropófago para demostrar que todos los hombres somos iguales.

...

Arroja a su esposa por la ventana con tan mala fortuna que sólo vivían en el entresuelo.

...

Condenado por utilizar a su prometida como si fuera un objeto. El malvado la usaba como carbón vegetal para calentar su dormitorio.

...

Toma a un honrado ciudadano por otro y le roba dos mil pesetas.

...

Cruza una botella de leche a nado sin ser atacado por los saurios y bacterias contenidos en el frasco.

...

Le roban una estampita por el timo de la estampita.

...

Vive holgadamente del importe de tres salarios mínimos que obtiene trabajando veinticuatro horas al día. Los domingos va al monte a jurar y lanzar procacidades a los cuatro vientos.

...

Ofende gravemente de palabra a sus progenitores el día de su nacimiento.

AGENCIA JAPETO

